

HACIA DONDE VA LA IGLESIA

Veinte años después del Vaticano II y dieciséis después de Medellín muchos se preguntan en el mundo y en América Latina hacia dónde va la Iglesia. Se lo preguntan como cristianos que viven su fe dentro de la Iglesia y se lo preguntan como ciudadanos de este mundo en el cual la Iglesia sigue siendo importante para configurar los destinos de los pueblos.

Nadie afirma hoy que la Iglesia universal está pasando por los tiempos de esplendor del Vaticano II. Vista la Iglesia en su conjunto, está pasando por "una época invernal", como dijo el gran teólogo Karl Rahner poco antes de morir; por una involución, como han comentado muchos, incluidos algunos obispos.

Si este hecho es en sí mismo claro, no lo es su valoración. Para unos, la involución es buena o al menos necesaria, pues lo que desencadenó el concilio habría tenido perniciosas consecuencias para la Iglesia. Así, muy recientemente, el Cardenal Ratzinger, Prefecto de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, ha descrito con tintas muy negras el balance de los veinte años postconciliares y ha exigido una "restauración" eclesial, aunque después matizase sus declaraciones. Otros ven la involución eclesial como sumamente perjudicial, pues significaría en la práctica desoír la voluntad de Dios que claramente se expresó en el concilio; la ven como innecesaria porque éste no sólo no se ha hecho ya irrelevante, sino que sigue teniendo la capacidad de orientar a la Iglesia de hoy y su espíritu no ha sido todavía plenamente asumido; la ven por último como engañosa, pues aunque los partidarios

Tomado de la Revista Estudios Centroamericanos (ECA) Nº 434, diciembre 1984.

de la involución expresan con claridad lo que no quieren, no ofrecen una alternativa positiva al concilio.

Hablando ya desde y para América Latina, la situación eclesial es más compleja. Es también cierto que en su conjunto la Iglesia latinoamericana no está pasando por el momento de lucidez y compromiso que representó Medellín, concreción latinoamericana del concilio. Unos pretenden ignorarlo, atacarlo burdamente o someterlo sutilmente a la muerte lenta de las mil cualificaciones, tarea ya pretendida antes de y en Puebla, aunque sólo con éxito parcial. Pero otros siguen fieles a Medellín, porque lo siguen viendo como el momento privilegiado en donde se manifestó la voluntad de Dios para el continente y su Iglesia y porque la puesta en práctica de su espíritu ha hecho cambiar y crecer a la Iglesia en la dirección querida por Jesús, como una Iglesia de los pobres.

Para comprender y valorar hacia dónde va hoy la Iglesia, y para ayudar a que vaya allá donde debe ir, a los pobres de este mundo con el evangelio de Jesús, es necesario recordar brevemente lo fundamental del Vaticano II y de Medellín. Así se tendrán criterios objetivos de evaluación y se seguirá ofreciendo una dirección, un norte, a quienes en medio de la involución desean mantenerse fieles a la voluntad de Dios para su Iglesia.

1. LA 'NUEVA' IGLESIA DEL VATICANO II Y MEDELLÍN

El Vaticano II y Medellín representaron una gran novedad y un gran cambio en la historia de la Iglesia. Se ha dicho que el Concilio Vaticano II ha sido el concilio más importante de la historia de la Iglesia desde el primer concilio de Jerusalén, en el cual los apóstoles tomaron la decisión novedosa y radical de ir al mundo de los gentiles, es decir, de llevar la salvación de Cristo a todos los hombres, aunque para ello tuvieran que abandonar su conocido mundo judío y adentrarse en lo desconocido. Se ha dicho que Medellín supuso una reforma eclesial sólo comparable a la que en el siglo XVI realizaron protestantes y católicos, superándolas en radicalidad evangélica e histórica. Se ha dicho que la historia de la Iglesia en América Latina se divide en antes y después de Mons. Romero.

Estas radicales afirmaciones sólo quieren recalcar que lo ocurrido en los últimos veinte años es realmente un cambio fundamental y sorprendente de la Iglesia. Después de siglos de ser una Iglesia de cristiandad, la Iglesia ha cambiado, ha pasado por un proceso de conversión, ha reconocido su propio pecado, se ha olvidado de sí misma para volverse y volcarse al mundo y al mundo de los pobres, ha anunciado e iniciado el reino de Dios, guiada por el evangelio de Jesús y ofreciéndoselo a los pobres.

Es importante y decisivo para la Iglesia recordar y reconocer ese cambio radical en su identidad y en su misión cuando se pregunta dónde está y hacia dónde va. Por ello, resumámoslo en tres breves proposiciones, teóricamente conocidas y aceptadas, pero siempre difíciles de asimilar por sus exigencias y, por ello también fácilmente sofocables en momentos de involución.

La primera afirmación fundamental del Vaticano II es que la Iglesia es signo de salvación para los hombres de este mundo, es decir, que la Iglesia está para servir a la instauración del reino de Dios, que no es la misma Iglesia, como se afirmaba antes, sino un mundo hecho según la voluntad de Dios, en el que reine la verdad, la justicia y el amor. Según eso la identidad de la Iglesia consiste en una misión que la descentra y saca de sí misma; en la evangelización, en la que anuncia la voluntad salvífica de Dios y con la que busca la humanización y la liberación integral de los hombres. Y esa misión la debe ejercitar de forma servicial, no triunfalista, descarnada o autoritariamente.

Pero esta nueva identidad es también, como contrapartida, exigente para la misma Iglesia. La Iglesia debe descentrarse de sí misma; debe hacerse mundanal, es decir, vivir, actuar y operar en y sobre este mundo y contra su pecado; debe dejar de ser mundana, es decir, no actuar según los criterios mundanos de poder, riqueza y dominación, y cargar con el pecado del mundo; debe ser humilde, es decir, abajarse a servir a este mundo y no a ser servida, privilegiada y adulada por él y sus poderes.

La segunda afirmación fundamental del Vaticano II se refiere a lo que la Iglesia es en su interior. La Iglesia es ante todo pueblo de Dios, comunidad de creyentes en Jesucristo

que sirven al reino de Dios, en la que todos pueden y deben aportar sus propios valores y servicios, en la que lo fundamental de la fe y de la esperanza es dado a todo el pueblo de Dios, antes de distinguir dentro de él los carismas y funciones propios del papa, obispos, sacerdotes, religiosos y laicos. La Iglesia es, pues, descrita, como comunidad fraterna, en la cual ninguno es mayor que otro y en la cual todos deben llevarse mutuamente.

Pero esta fraternidad tiene también sus exigencias. Dada la historia reciente de la Iglesia en la cual ha predominado el centralismo y el autoritarismo, se exige el respeto a los derechos humanos dentro de la Iglesia, mucho más exigibles a ella para poner un signo dentro de la sociedad de lo que son los derechos de los hijos de Dios. Se exige a los laicos que ejerciten con responsabilidad sus tareas eclesiales, su opinión pública, el *sensus fidelium* en lenguaje técnico. Se exigen a la jerarquía que comprenda y ejercite su autoridad como verdadero y humilde servicio, que antes de enseñar oiga a todo el pueblo de Dios, que antes de ofrecer sus medios santificadores ausculte lo que de santidad real hay en el pueblo de Dios, que antes de zanjar administrativamente conflictos intraeclesiales dialogue fraternalmente con los implicados.

Estas dos afirmaciones fundamentales del Vaticano II las concretó y completó en Medellín desde los pobres. Tanto en su misión hacia afuera como en su realidad hacia adentro la Iglesia es presentada como una Iglesia de los pobres. En su misión hacia el mundo la Iglesia debe recoger y asumir como propio el clamor de los pobres y sus anhelos de liberación, y dar ambas cosas la ultimidad que tienen, pues el clamor sube hasta Dios y los anhelos son fruto del Espíritu de Dios. Intraeclesialmente, debe concebir el pueblo de Dios como pueblo de los pobres, destinatarios directos y privilegiados de la revelación y del amor de Dios.

Pero esta Iglesia de los pobres tiene, evidentemente, sus exigencias. La Iglesia debe denunciar la pobreza y analizar y desenmascarar sus causas estructurales; debe ser pues una Iglesia profética, debe encarnarse en la pobreza de los pobres y ser así Iglesia solidaria y empobrecida; debe leer el Evangelio con ojos de pobre y redescubrir así lo que es

pecado y gracia, mentira y verdad, injusticia y amor; debe desenmascarar y presentar la alternativa entre el verdadero Dios de la vida y los ídolos que dan muerte, entre la insuficiente proclamación doctrinal del señorío de Cristo y el verdadero seguimiento de Jesús, pobre, crucificado y resucitado; debe evangelizar a los pobres y dejarse evangelizar por ellos debe dar importancia decisiva a los pobres dentro de la Iglesia y propiciar las comunidades de base, pues son de base por ser pobres; debe por último disponerse a la consecuencia inevitable que todo lo anterior origina: las amenazas, los ataques, la persecución y el martirio.

2. LA INVOLUCION DE LA IGLESIA

Esta es la novedad sustancial del Vaticano II y de Medellín. Expresada en sus textos, casi todos la aceptaron y aplaudieron. Pero la verdad de estos textos sólo se ha ido mostrando en la historia posterior, en su puesta en práctica y en sus consecuencias. Y ahí se han dividido los espíritus. No han faltado obispos, por ejemplo, que han afirmado -con gozo o para justificarse- que no sabían lo que estaban afirmando en Medellín. Y tienen razón.

Para unos, aún reconociendo que esa 'nueva' Iglesia sigue teniendo limitaciones y sigue cometiendo errores, las consecuencias son muy positivas. Desde el punto de vista de la fe, ésta ha crecido entre los pobres, poniéndola ellos mismos a producir e iluminando con ella a toda la Iglesia; se ha dado una recuperación de la fe -o, al menos, un respeto hacia ella- entre intelectuales y movimientos liberadores y revolucionarios los cuales no sabían qué hacer con la fe anterior. Especialmente, la Iglesia ha encontrado su verdadero lugar entre los pobres de este mundo alejándose de los poderosos; ha habido un crecimiento de unidad eclesial y ecuménica entre todos sus estamentos, desde los obispos hasta los campesinos, y entre las diversas denominaciones; ha surgido una impresionante creatividad pastoral, litúrgica y teológica. Históricamente, la Iglesia ha defendido los derechos y la vida de los pobres, los ha acompañado en sus procesos y ha sufrido con ellos la persecución. De esta forma, por su credibilidad, la Iglesia ha recobrado también relevancia social ante quienes desean liberar a los pueblos. No es pequeño mérito de esta Iglesia el que no se pueda repetir ya sin más que la religión es

opio del pueblo. Dicho en breves palabras, esa 'nueva' Iglesia aparece como una Iglesia más evangélica y más latinoamericana, y los criterios para juzgarla así son profundos, aunque sencillos; esa Iglesia se parece más a Jesús y con esa Iglesia se alegran los pobres.

Pero no todos ven así las cosas. Para otros, esa Iglesia en su concreción histórica, no en su abstracción conceptualizada, es sospechosa; y de ahí surge, en mayor o menor grado, la involución. Antes de analizar ésta, sin embargo, veamos brevemente por qué lo que para unos es una Iglesia verdaderamente evangélica es visto por otros con recelo y con miedo.

No hay que ignorar, por supuesto, las limitaciones y fallos reales; las exageraciones y unilateralidades que son inevitables en fenómeno de tal magnitud. Hay casos en que la insistencia en la salvación histórica ha llevado a minusvalorar la dimensión personal y trascendente de la fe. Pero esas limitaciones y fallos son minimizables y subsanables y, en cualquier caso, no hacen desaparecer lo positivo de una Iglesia de los pobres, como se mostró, por ejemplo, con Mons. Romero. Manteniendo claramente la plenitud de la fe y de la misión de la Iglesia, Mons. Romero transformó en tensiones fructíferas los diversos énfasis en lo histórico y lo trascendente, entre justicia y fe. Aducir las limitaciones y fallos reales para justificar la involución es, en conjunto, más una excusa que una verdadera razón.

Las verdaderas razones van por otro lado. En primer lugar hay que ver los costos que tiene ese tipo de Iglesia. Esta Iglesia unifica, pero también produce una fuerte división intraeclesial y de una forma mucho más radical que las antiguas divisiones entre jerarquía y fieles o entre diversas escuelas de teología, pues la división la origina el mismo Dios, el mismo evangelio de Jesús y los pobres de este mundo. Las preguntas que lanzan a la Iglesia los pobres de este mundo y, a través de ellos, el mismo Dios, qué has hecho de tu hermano, qué has hecho del herido en el camino, son preguntas últimas, ineludibles y no acallables ni suavizables por mecanismos intraeclesiales. Como no todos responden de la misma manera y como es difícil responder cristianamente, surge la división dentro de la Iglesia y de forma sumamente grave. Además, la Iglesia se enfrenta con una gran nove-

dad que produce su propia luz, pero también oscuridad. El nuevo lugar social entre los pobres, las nuevas relaciones con los poderes de este mundo, tenidos antes como sus dialogantes naturales, y, por otra parte, la creatividad que surge de la base de la Iglesia, producen comprensiblemente un no saber y una inseguridad. La nueva situación es, por lo tanto, también incómoda.

En segundo lugar, esa Iglesia es directamente atacada por los poderes de este mundo de forma burda o sutil, ofreciéndole los ajos y cebollas de Egipto y adulándola como defensora de la civilización occidental cristiana para que vuelva a su situación anterior. No hay que olvidar que ya en 1969 el informe Rockefeller avisaba la peligrosidad de Medellín para los intereses de Estados Unidos, lo cual ha sido repetido más explícitamente por los asesores de la administración Reagan; tampoco hay que olvidar la actitud de los poderes locales, oligarquía, ejércitos, gobiernos, hacia esta Iglesia. De forma indirecta se la ha querido neutralizar a través de la propiciación y financiamiento de sectas alienantes y a través de movimientos ideológicos restauradores como el representado por el Instituto para la Religión y Democracia en Washington y otros semejantes en el continente. Pero, además, ha existido y existe el ataque directo a esta Iglesia en forma de amenazas, difamación, expulsiones, capturas, torturas y asesinatos a miles de cristianos en todo el continente, sin detenerse ante el asesinato de sacerdotes, religiosas y obispos.

Si a estos costos y estos ataques se añaden las exigencias intrínsecas de este tipo de Iglesia que antes se mencionaban, se comprenderá que la involución es comprensible. Presentamos a continuación las formas fundamentales de involución, en el actual momento de la Iglesia universal, pero que afectan también a la Iglesia en América Latina.

Existe una involución con respecto a los contenidos fundamentales del Vaticano II y Medellín. Por lo que toca al descenramiento de la Iglesia en favor del servicio al mundo, no se puede negar que hay una marcha atrás. La Iglesia vuelve a insistir en la importancia intrínseca de su institución como tal, de que ésta sea una institución fuerte y unida, aunque todo esto se justifique por los bienes que esa institución

origina a la humanidad. Hay pocos, como Mons. Romero, que estén dispuestos a arriesgar lo institucional en beneficio del reino de Dios. De ahí que hoy se arriesgue menos, se inste a no provocar innecesariamente a los gobiernos -al menos a los del mundo occidental-, buscar buenas relaciones que favorezcan o garanticen al menos el buen funcionamiento de la institución. Por lo que toca a la supremacía del pueblo de Dios sobre cualesquiera de sus partes, no se puede negar un incremento en centralismo y autoritarismo, que vuelve a hacer a la base del pueblo de Dios más destinatario de la acción de la jerarquía -con la subsecuente exigencia a la obediencia unilateral de los fieles- que corresponsable con ella, que se apoya mucho más claramente en movimientos eclesiales obsecuentes casi ciegamente hacia la jerarquía que en otros movimientos que, aunque fieles a la Iglesia, le representan una instancia crítica. Por lo que toca a la opción por los pobres, hay mucho de irreversible en su formulación doctrinal y bastante en la orientación pastoral. Pero no se puede negar una pérdida del radicalismo de Medellín, un abandono efectivo de los pobres cuando por ello hay que pagar altos costos o cuando su acompañamiento en los convulsivos procesos políticos introduce a la Iglesia en terreno desconocido y resbaladizo.

Existe una involución también con respecto al espíritu del Vaticano II y Medellín. Ambos se abrieron a la novedad de la historia y arremetieron con la tarea de transformar a la Iglesia con una actitud básica de apertura y confianza. Ahora, sin embargo, existe la tendencia al control y la seguridad doctrinal y administrativa. No se puede negar que hay una superabundancia de doctrina eclesial, positiva en cuanto puede orientar en asuntos fundamentales, pero que tiende de nuevo a crear un pueblo de Dios dependiente en exceso y a no propiciar y valorar su propia creatividad. Hay, en muchos lugares, una nueva política de formación de los agentes de pastoral, de los seminaristas sobre todo, cuya situación es a veces lamentable académica y pastoralmente, pero que se prefiere ante el riesgo de cualquier posible desviación o contaminación. Hay una exagerada desconfianza, además de desconocimiento, hacia la teología de la liberación, tratando de sustituirla por otra que aborde la liberación más desde un punto de vista doctrinal, conceptual

y ambiental, pero no desde los signos de los tiempos en su realidad histórica y que exige una respuesta histórica, como lo sancionó Medellín.

En lo administrativo, se intenta la formación de conferencias episcopales unidas, al menos funcionalmente, que tengan una sola voz y así mayor poder, con lo cual se ocultan divisiones reales y se suavizan las voces de los obispos más proféticos. En cualquier caso, se pretende que sean dóciles a las directrices centrales y se desconfía, como en el caso de Brasil, de las conferencias que ejercitan su legítima autonomía. No parece que se aprecie lo que de renovador y positivo ha tenido una generación de obispos como Don Helder Camara, el Cardenal Arns, Mons. Romero, etc., ni que se prepare otra generación de obispos de este tipo, pues, aunque personalmente pueden ser alabados -aunque a veces son también criticados-, representan un factor perturbador en la seguridad pretendida.

Existe también una involución en lo que se puede denominar el talante eclesial. De una actitud evangélico-profética, típica de Medellín, de las cartas pastorales de los obispos brasileños, de Mons. Romero, etc., se ha pasado a una actitud ética, importante, por supuesto, pero que tiende a quitar agudeza a la denuncia, diluyéndola en principios universales, y a una actitud en exceso política que sopesa en demasía los pros y contras para la Iglesia de lo que se dice y es, por ello, fácilmente cooptable por aquellos a quienes se dirige. Hay también incremento en el triunfalismo eclesial, tan opuesto al humilde reconocimiento de Juan XXIII de los pecados de la Iglesia, cuando se juzgan los males del continente -del marxismo, por supuesto; pero incluso del capitalismo y de la doctrina de la seguridad nacional-, como si la Iglesia no tuviera parte en ellos por acción o por omisión. Hay una tendencia al mecanismo de la ortodoxia, es decir, a contentarse con proclamar doctrinalmente las grandes verdades sobre la justicia, la paz, los derechos humanos sin que esto vaya acompañado por una práctica decidida y masiva correspondiente a la urgencia y gravedad de los males que se denuncian.

Existe por último una tendencia a juzgar ideologizadamente la tragedia de la realidad y los movimientos liberadores.

En concreto, si estos poseen algún componente marxista son juzgados eficazmente como el sumo mal. Lo peligroso de este proceder no es que se analicen y juzguen las prácticas liberadoras, ni que se critiquen los posibles males presentes y previsibles del marxismo, sino que la tragedia de la realidad pase a segundo término. No hay muchos, como Medellín y Mons. Romero, que mantengan consecuentemente que la tragedia de la realidad clama al cielo y que es el mal mayor. El pretendido neutralismo o equidistancia al nivel ideológico no pueden significar imparcialidad eficaz o fuerza paralizante hacia el hecho fundamental de la pobreza y la opresión. El presupuesto de fondo de esta actitud sería que, en último término, el mundo occidental, convencionalmente democrático y ambientalmente cristiano sería el mundo que hay que preservar a toda costa, pues ese sería el mejor mundo para la Iglesia. Aunque el discernimiento en estas cosas es delicado, hay involución porque paulatinamente la toma de postura hacia la ideología tiene primacía sobre la toma de postura hacia la realidad.

3. EL CAMINO DE LA IGLESIA DE LOS POBRES

Estos son los principios de involución expuestos con claridad; en la realidad se dan en mayor o menor grado, pero indican una tendencia. En su conjunto representan una marcha atrás con respecto al Vaticano II y Medellín. Pero esto no es toda la realidad ni la más importante en América Latina. Con menor esplendor, quizás, que en los tiempos de Medellín, con la sobriedad que impone el paso de los años y con el lastre también de la limitación y el pecado, la Iglesia de los pobres sigue su caminar. Si no hubiera otra confirmación, bastaría mostrar el reconocimiento y la esperanza que muchos han puesto en la Iglesia de América Latina. "Es difícil sustraerse a la convicción de que en el ancho mundo de la Iglesia, las iglesias latinoamericanas son uno de los espacios más vigorosos. Tengo la intuición de que el vigor eclesial se ha transplantado de la vieja Europa al Nuevo Mundo" (Mons. Uriarte, obispo auxiliar de Bilbao). "América Latina es la que ha abierto los ojos de los jesuitas al amor preferencial de los pobres y a la verdadera liberación integral del hombre" (P. Kolvenbach, Superior General de la Compañía de Jesús). Muchos ven en la teología de la liberación, en el compromi-

so de la vida religiosa, en la actuación de algunos obispos o de la conferencia episcopal brasileña y sobre todo en las comunidades de pobres creyentes las comunidades eclesiales de base, la verdad y la esperanza de la Iglesia de Jesús y el camino a recorrer. Muchos en otros lugares han hecho opciones análogas a las de la Iglesia latinoamericana. La Iglesia de los pobres sigue siendo para muchos el camino a recorrer.

Esto no es un puro deseo, sino una posibilidad muy real, pues la Iglesia de los pobres ha desencadenado también una tendencia con mucho de irreversibilidad histórica. No hay que desdeñar, en primer lugar, que al nivel doctrinal se ha hecho ya un lugar común y necesario la opción eclesial por los pobres y lo que ésta presupone: descripción y análisis de su realidad histórica y sus causas, exigencia a toda la Iglesia a la solidaridad con ellos y a su defensa, legitimidad y necesidad de una teología de la liberación. Todo ello es presentado como absolutamente necesario para la Iglesia. La misma instrucción vaticana sobre la teología de la liberación y las manifestaciones posteriores de muchos obispos y de Juan Pablo II muestran hasta qué punto esta opción es ya doctrina eclesial. En cuanto doctrina, está expuesta a los peligros antes mencionados; pero no hay que desdeñar que la opción por los pobres esté ya **in possessione** en la Iglesia.

Las comunidades eclesiales de base siguen y crecen -sólo en Brasil hay más de 80.000- a pesar de estar sometidas a graves dificultades externas, la persecución, y a veces a incomprendiones internas cuando se las descalifica sin mayor análisis como iglesia popular, antijerárquica y marxista. Estas comunidades siguen trabajando con gran creatividad litúrgica y pastoral, se comprometen con sus hermanos y -cada vez con mayor madurez- con los procesos de liberación y siguen produciendo testigos y mártires. En esas comunidades el evangelio de Jesús ha encontrado su verdadero lugar y ellas lo ponen a producir. Son la base del pueblo de Dios, pobre y creyente, y están al servicio del reino de Dios. Son el gran don de Dios a la Iglesia y la reserva de su fe, su esperanza y su amor.

En muchos lugares existen activas organizaciones eclesiales como Justicia y Paz, Vicaría de Solidaridad, Tutela Legal,

que defienden los derechos de los pobres y denuncian sus violaciones. Hay muchos sacerdotes y muchas religiosas que siguen acompañando al pueblo pobre en parroquias y refugios, entre indígenas olvidados, incluso en zonas afectadas por guerras en las que arriesgan su vida. No faltan tampoco ejemplos de solidaridad con el pueblo en medio de trágicos conflictos, como el salvadoreño, en el que la Iglesia trata de iluminar y orientar el conflicto en favor de las mayorías populares, se compromete con el diálogo y la humanización. En todo esto hay ejemplos admirables y heroicos de cristianos que por acompañar al pueblo pobre son amenazados y asesinados y permanecen, sin embargo, junto a él.

Estos logros, además, se presentan como duraderos y con suficientes raíces como para permanecer en el futuro. La Iglesia de los pobres ha pasado la prueba a la que la han sometido desde fuera con la persecución. Pero ha pasado también otra prueba, más sutil pero no menos verdadera, pues esa Iglesia está hecha de hombres y mujeres limitados; la de la maduración interna. Esa misma Iglesia, antes de que se lo dijese sus opositores, ha visto la necesidad de madurar. Así, manteniendo la siempre urgente necesidad de liberación histórica, ha crecido en lo personal y trascendente de la fe, como lo muestra la práctica litúrgica y pastoral y el mismo proceso de la teología de la liberación; manteniendo la necesaria presencia de los cristianos en los procesos políticos y liberadores, ha crecido en la comprensión de lo que debe ser el aporte cristiano en ellos: la defensa de su legitimidad y justicia, pero también imbuirlos de espíritu cristiano, humanizarlos, desdogmatizarlos. Esa madurez da pruebas de que la Iglesia de los pobres tiene capacidad para afrontar cristianamente el futuro y de que no se necesitan involuciones para ello.

La tendencia involutiva coexiste, pues, con la fidelidad a la Iglesia de los pobres presente en germen en el Vaticano II y desencadenada por Medellín. La primera, aunque siempre ofrezca alguna ventaja, la de señalar reales o posibles peligros, está más dominada por el miedo; la segunda, aunque la acompañe la persecución y el sufrimiento, está transida de gozo. Y quizás se encuentre aquí el último criterio evangélico para discernir lo que hay de cristiano en esta doble tendencia. Los que defienden la involución afirman en últi-

mo termino su miedo a que la Iglesia se desnaturalice, al acabar sometida a las ideologías. Pero ese miedo sólo parece generar más miedo y ahogar la creatividad. Para la Iglesia de los pobres el miedo fundamental es el de enfrentarse ante el Dios vivo, el Juez inapelable en el último día -y ya hoy, de enfrentarse ante los pobres, oprimidos y crucificados de este mundo- quien preguntará qué ha hecho por ellos. La diferencia está en que este miedo evangélico ante las exigencias de Dios va acompañado, cuando se cumplan éstas, del gran gozo de haber descubierto a Dios en los pobres de este mundo, con lo cual la exigente práctica del evangelio se convierte también en solidaridad, dignidad, esperanza, comunión y gozo. De esta forma la Iglesia se convierte realmente en una Iglesia del evangelio y que ofrece un evangelio, una buena noticia. Y ésta es la última garantía del futuro de la Iglesia.

Esta Iglesia de los pobres es, pues, posible; pero es también necesaria. Lo es en primer lugar para los pobres del continente. Antes de que la Iglesia hiciera una opción por ellos, ellos ya habían hecho una opción por la Iglesia. Ella puede, y en algunos casos sólo ella puede dar una esperanza y orientación sobre su caminar liberador. Y si puede hacerlo, entonces, tiene que hacerlo por honradez fundamental hacia Dios y hacia los pobres. Nada puede eximir a la Iglesia de esa imperiosa exigencia ética y a su vez nada puede sustituir el encuentro, la encarnación y la defensa de los pobres para que la Iglesia pueda seguir leyendo el evangelio de Jesús y crecer así como Iglesia.

Pero es también necesaria para el mismo futuro de la Iglesia. Si la Iglesia se mantiene como Iglesia de los pobres, tendrá la suficiente credibilidad social para seguir activa e influyente en la sociedad. En esto la Iglesia debe estar clara y no confundir triunfos inmediatos institucionales con la batalla de los siglos futuros; debe tener visión y hacer opciones de largo alcance para su propio futuro e influjo social. El decaimiento de la Iglesia y de la fe en muchos lugares del primer mundo la debe hacer reflexionar sobre si el mejor modo de evitar algo semejante en el continente latinoamericano, hoy cristiano, es pretender un orden y un ambiente cristianos con el necesario apoyo de los poderes de este mundo o proseguir el camino evangélico propuesto

por el Vaticano II y Medellín. Siendo una institución tan compleja, que abarca a millones de seres humanos, es inevitable que la Iglesia se preocupe también por un ambiente que favorezca su existencia y su misión. Pero no puede basar su futuro en esto. Dicho radicalmente, la Iglesia debe preguntarse si quiere basar su futuro como lo hacen los poderes de este mundo o si quiere basarlo, o al menos centrarlo, en la fuerza del evangelio.

Mirando hacia adelante, pensando en el futuro de los pueblos latinoamericanos y en el de la propia Iglesia, ésta necesita de purificación, ciertamente, pero no de involución. Lo que necesita es mantener, purificar, revitalizar y orientar la revolución eclesial originada en el Vaticano II y Medellín: ser en verdad una Iglesia de los pobres.

